

EN EL PURO REINO
DE LA PUNTERIA

EL TIRO DE PICHÓN O LA CAZA SIN PAISAJE

Por BARREIRA



Sin que esto sea desmerecer; mejorando lo presente—y suponiendo presente la flor y nata del tiro—, este reino puro de la puntería, esta caza sin paisaje, nos parece un deporte menor. Y no digamos del tiro al plato, amigo.

Por eso, escribiremos este artículo con sus pobres sentencias escaqueadas, al tres-bolillo, como en el deporte trágico y pleno de la guerra, deporte completo.

Confiemos en que algunos «gags»—como se dice en el cine—tengan valor de máximas podridas, que estaban reventando por salir.

¡Atención...! ¡Pájaro...!

La escopeta de dos cañones y el perdigón nacen sólo un poquito antes que el tiro de pichón y que el suavísimo tiro al plato.

Es, pues, el único deporte donde enlázanse vertiginosamente las dos épocas: la heroica y la del estilismo-decadencia.

En el principio fué «el brazo». Un hombre, en lugar de un aparato. El lanzador tenía que adivinar—en un relámpago—todo ese complejo tremendo del tirador. Y el no menos importante del pichón.

Como el tiro de pichón nace y se desarrolla a lo largo de la costa levantina, a los lanzadores se les llama «colombaires», con lo cual ya tiene el lector un bonito problema filológico dentro de una quisicosa deportiva...

No hay ni que decir que hay todavía quien prefiere el hombre al aparato. Abstengámonos de intervenir, cercenemos la casi

inevitable tentación de intervenir. Esa reminiscencia se llama en buen argot «tiro a la valenciana».

Otra nota erudita: hablemos del «truc».

Dos hombres se meten en una zanja, ocultos al que ha de disparar, y cuando éste pide: «¡Pájaro!», dejan salir un animal, casi siempre de cola.

¿Podemos considerar el «truc» como la transición entre el tiro «a brazo» y la jaula...? ¿Podemos, no podemos...?

Al llegar aquí, nuestros lectores habían ya adivinado las debilidades y flaquezas implícitas en el tiro «al brazo», ¿verdad...?

El tirador venía dependiendo del «colombaire»; si al «colombaire» no le agradaba el tirador, pues soltaba el pájaro con la malicia natural y consiguiente.

También podía darse el humanísimo caso de que «colombaire» y tirador se pusiesen de acuerdo. Todo esto se resolvió en el año 1830...

¡1830!

A su conjuro, ¡cuánta literatura podríamos hacer...!

¡Cuántas metáforas que se pierden...!

Sobreponiéndonos a nuestro dolor, digamos que entre las cosas importantes que se incuban por el año 1830 está la modificación, el paso a adulto, del deporte del tiro de pichón...

1830. Londres. Una taberna. Dickens. La noche...

Una reunión de cazadores furtivos. Cerveza. Ginebra. Vaho espeso de pipas. Juramentos. Ginebra. Más juramentos, Cerveza. Cazadores furtivos. Londres. Dickens,

Estamos en 1830.